



Σ ΕΡΑ Σ Λ Σ
Π Ο Σ Μ Α Σ Ε Ν Ν Α Κ Τ Ο
Π Ο Ρ
Ρ Α Ν Κ Ι Σ Ο Β Ι Λ Α Σ Π Ε Σ Α

* SUCESORES DE HERNANDO.—EDITORES *

ESTA OBRA NO
SE PRESTA



ERA ÉL

OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades.	El jardín de las Quimeras.
Flores de almendro.	Las horas que pasan.
Luchas.	Saudades.
Confidencias.	En memoriam.
La copa del Rey de Thule.	Bajo la lluvia.
El alto de los bohemios.	Torre de marfil.
Rapsodias.	Andalucía.
Las canciones del camino.	Los remansos del crepúsculo.
Tristitia Rerum	El espejo encantado.
Carmen.	Collares rotos.
El Patio de los Ariayanes.	Los panales de oro.
Viaje sentimental.	El balcón de Verona.
El mirador de Lindaraxa.	Jardines de plata.
Palabras antiguas.	El libro de los sonetos.
El libro de Job.	Lámparas votivas.

PROSA

El milagro de las rosas.	Vida y Arte:
El último Abderramán.	I Julio Herrera Reissig.
La venganza de Aischa.	Las granadas de rubies.
Zarza florida.	Fiesta de Poesía.
Breviario de amor.	Las garras de la pantera.
	Las joyas de Margarita.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).
Doña María de Padilla (drama histórico en tres actos y en verso).
El Rey Galsor (tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro).
Ensueño de una noche de Invierno (poema lírico en tres cuadros y en verso, música de Ramón M. Montilla).
Un nocturno de Chopin (comedia romántica en un acto y en prosa).
El ídolo roto (comedia en un acto y en prosa).
¡Era El! (poema en un acto y en verso).
Judith (tragedia bíblica en tres actos y en verso).
Aben-Humeya (tragedia morisca en cuatro actos y en verso).
El Halconero (leyenda trágica en tres actos y en verso).

TRADUCCIONES

La Gioconda (de Gabriel D'Annunzio).
La Cena de los Cardenales (de Julio Dantas).
Dón Beltrán de Figueras (de Julio Dantas).
Recos de todo el año (de Julio Dantas).
Dolor Supremo (de Marcelino Mezquita).

- R-7410-A



Imprenta y Librería de los Sucesores de Hernando, Arenal, 11



ES PROPIEDAD

MADRID. — Imp. Helén'ca, Pasaje de la Alhambra, 3.



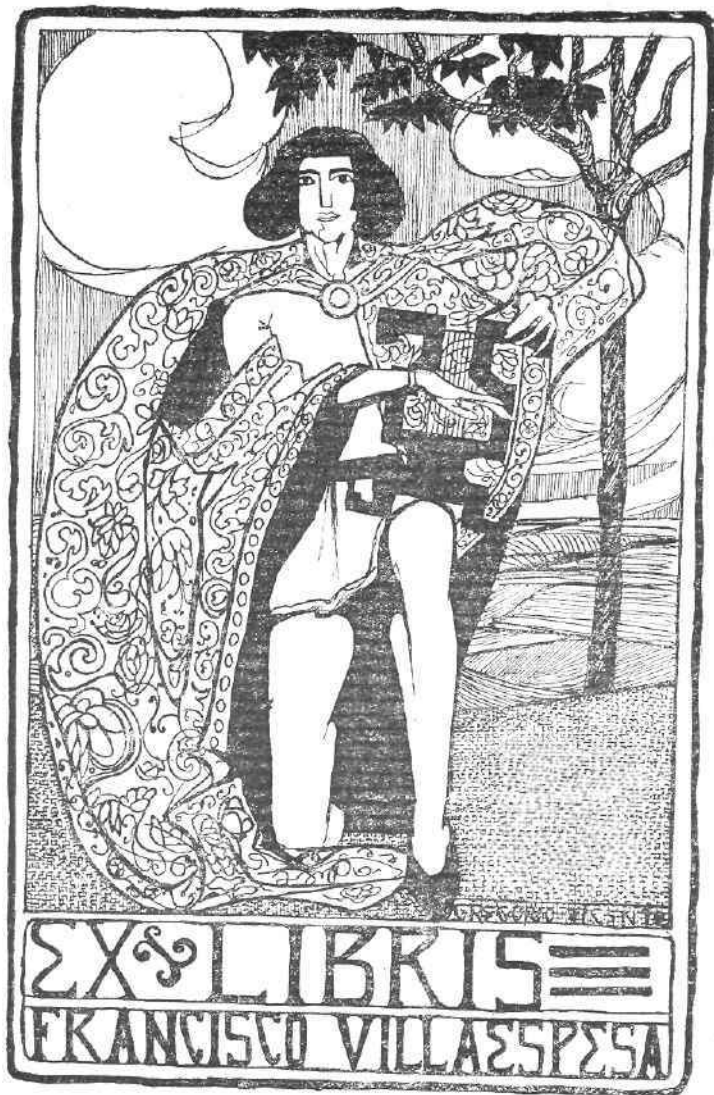
DEDICATORIA

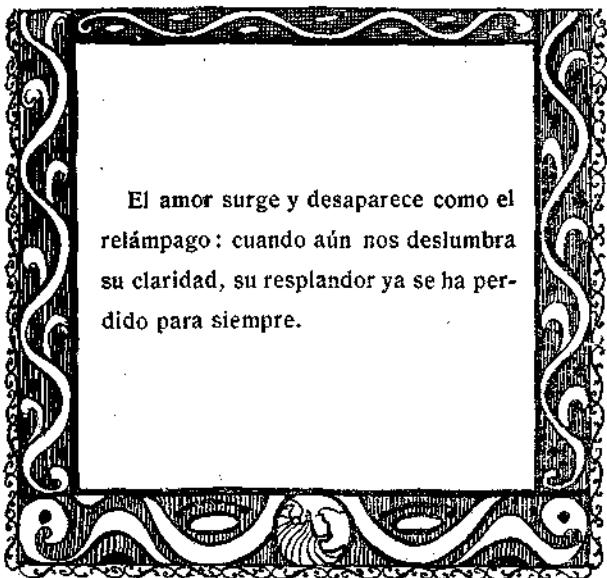




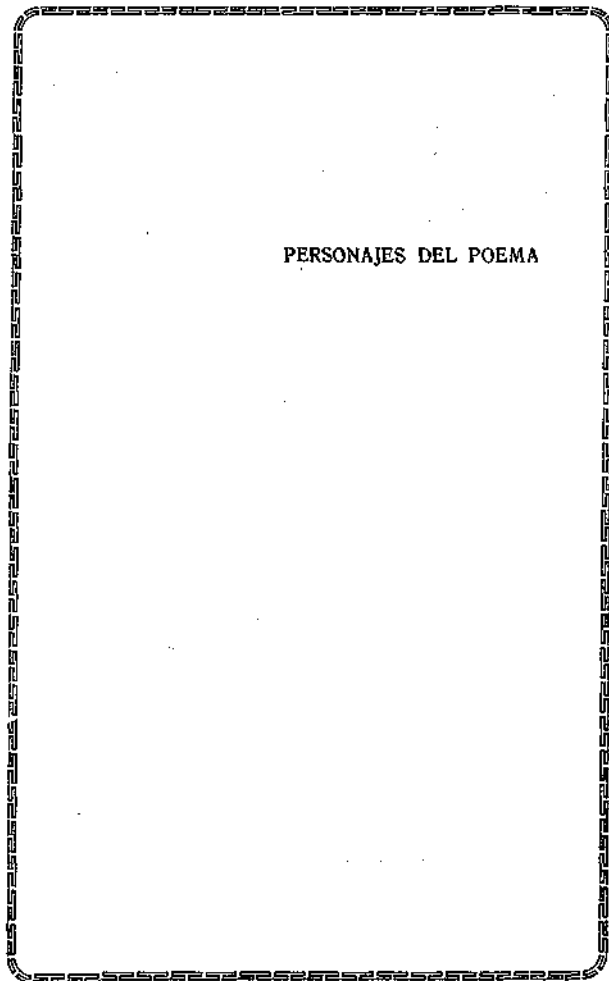
A aquellos dulces y piadosos ojos que
vieron pasar el Amor y aún lloran por que
no pudieron retenerlo.

Madrid, 1913.





El amor surge y desaparece como el relámpago: cuando aún nos deslumbra su claridad, su resplandor ya se ha perdido para siempre.



PERSONAJES DEL POEMA

YOLANDA

Vestida de blanco. Quince años. Parálitica. Tiene la unción y la dolorosa espiritualidad de las vírgenes que hilan, bajo la suavidad dorada del crepúsculo en las vidrieras góticas.

GINEBRA

Su madre. Vestida de negro. Su vejez recuerda primaveras lejanas desbordantes de flores y otoños recientes, pródigos de frutos.

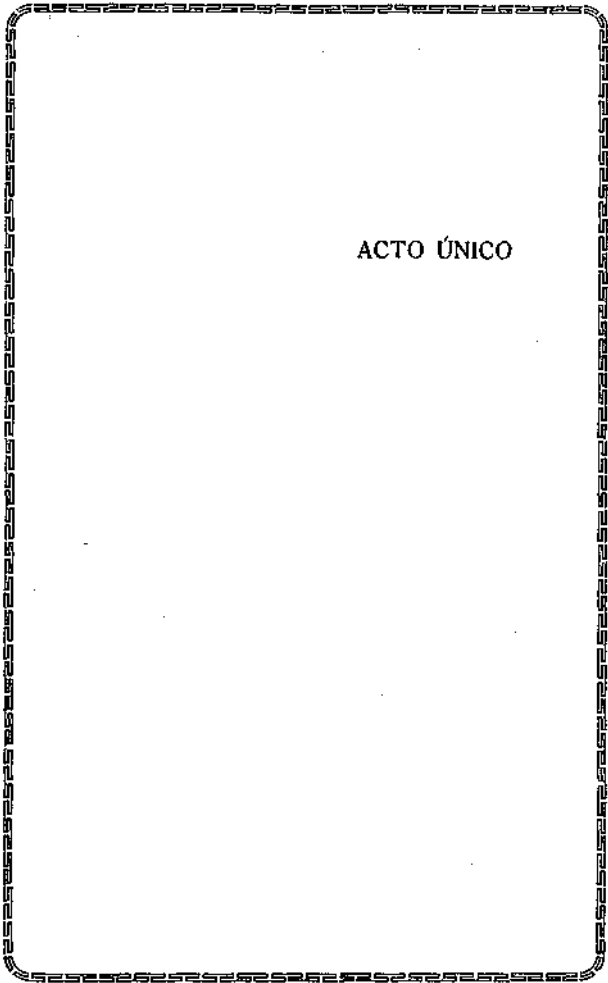
EL CAMINANTE

Manto de púrpura. Gorra plumada. Coselete de oro sobre túnica de tisú de plata. Juventud frenética. Su presencia embriaga, Su mirar deslumbra, y su voz — como en los mitos antiguos — sería capaz de domesticar leones.

DONCELLAS

Bellas, ligeras y alegres como aves de paso. Llevan grácilmente rojos cántaros de tierra al hombro, como las mujeres bíblicas, y sus risas y sus cánticos evocan fiestas paganas.

Epoca de leyenda: aquellos días ingenuos y fragantes en que la sombra del Nazareno cruzaba aún por los caminos, y al caer la tarde llamaba á las puertas de los casales, disfrazada de viejo romero, para hacer florecer en la desgracia las santas rosas del milagro.



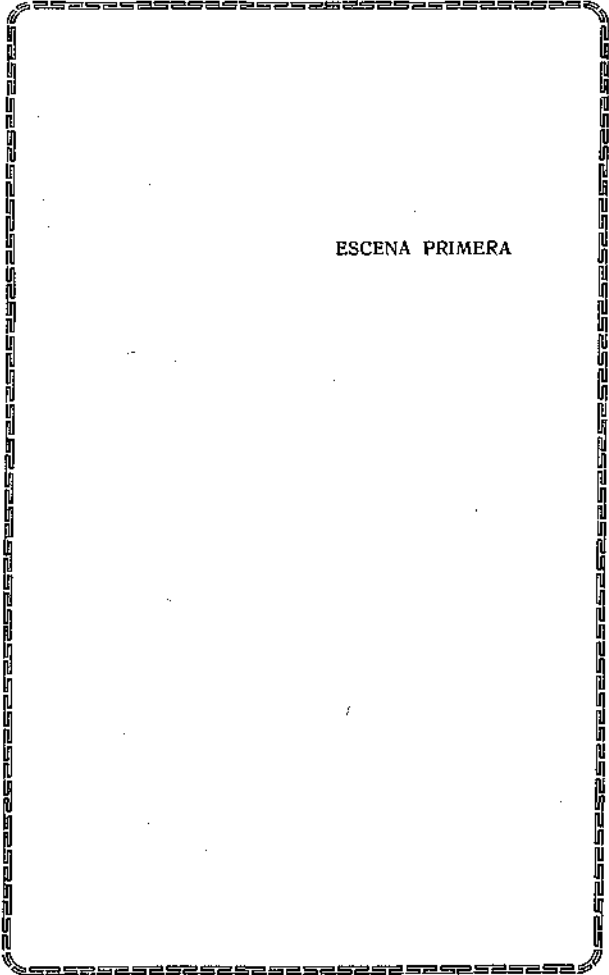
ACTO ÚNICO

Humilde vivienda campesina. Al fondo una amplia puerta, por cuyo hueco se ve la campiña florida y las lejanas cumbres de las montañas.

A la izquierda, el hogar encendido. En torno del hogar, escabeles, una rueca, un huso y rústicas banastas de mimbre desbordantes de lino.

A la derecha, un arco sin puerta, que conduce al interior.

Es un atardecer sereno de Abril. El paisaje del fondo, como el de los retablos primitivos, aparece envuelto en un milagro de oro y de púrpura. La paz es como el alma de la casa.



ESCENA PRIMERA



YOLANDA, GINEBRA Y DONCELLAS

(Yolanda, sentada cerca del hogar, frente á la puerta, mirando á la campiña florida y á las doncellas, que pasan con el cántaro al hombro, camino de la fuente, con la profunda ansiedad de sus ojos nostálgicos de parálitica. Ginebra la peina suavemente los largos cabellos dóciles y ondulantes entre sus manos como las sedas de un velo.)

YOLANDA

(Mirando á las doncellas que pasan con alegría de pájaros recién salidos del nido.)

A la fuente que los álamos
y los rosales sombrean,

con el cántaro en el hombro,
cantando van las doncellas!...

(Sonríe tristemente.)

¡Qué alegres van!... ¡Cómo ríen
bajo la verde arboleda!...

(En sus ojos la envidia
quiere hacerse llanto.)

¡Con mi cantarico nuevo
quién se marchara con ellas!

(Sus miradas húmedas
parecen que quieren huir,
perdersé en los campos, en
los cielos, en un imposi-
ble.)

GINEBRA

(Con gravedad llena de
dulzura.)

Cantando van á la fuente...
¡pero cuántas á la vuelta,
en los blancos delantales
esconderán la cabeza

para enjugarse las lágrimas
que por sus mejillas ruedan,
porque en la vida van juntas
la alegría y la tristeza!

YOLANDA

(Acariciando la campiña
con su mirar sediento de
horizontes nuevos, como
un ave enjaulada que des-
de su prisión siente el tri-
nar libre de sus compañe-
ras.)

Bajo el cristal de la tarde,
por las floridas veredas,
parecen que son de oro
los cantaricos de tierra...
Los cantaricos de barro,
que cuando al caño se llenan,
fulguran y cantan como
si se llenasen de perlas!

(Entorna los párpados
voluptuosamente como si
aspirase el perfume de un
recuerdo lejano.)

GINEBRA

(Deteniéndose un instante en su tarea, como si empezara á despertarse en su corazón un recuerdo).

¡Mas cuántas ¡ay! sin sus cántaros
regresarán á la aldea!...
¡Cántaro que va á la fuente
es ley que en la fuente muera!

(Como si volviese á vivir un pasado cuyo recuerdo aún estremece sus entrañas exhaustas.)

Cuando se enturbian los ojos
y cuando las manos tiemblan,
siempre rompen en la fuente,
su cántaro las doncellas.

(Momento de silencio.
Las manos maternales
vuelven á la dulce faena.
Yolanda, vuelta hacia el
paisaje, se estremece como
una flor que pugna por
arrancarse de su tallo.)



YOLANDA

(Con tristeza suave, pero rebelde.)

No tengo espejos de oro
donde verme, mientras peinan
tus santas manos los rizos
de mi larga cabellera!...

(Un suspiro palpita en
sus labios y muere deshe-
cho en una sombra.)

No tengo espejos de oro...

(Con los ojos cerrados
como para concentrar me-
jor su atención en la pura
y fresca imagen vedada).

¡Ay, quién mirarse pudiera
en el cristal de la fuente
que los álamos sombrean!

GINEBRA

(Para consolarla.)

¡Todo cuanto nuestros ojos
en los espejos contemplan

es polvo, ceniza y humo
que se comerá la tierra!

UNA DONCELLA

(Que pasa cantando por
el camino. La madre y la
hija, al oír la canción, se
quedan inmóviles.)

¡Caminante, caminante,
si la sed tus labios quema,
mi cantarico de plata
te daré para que bebas!

(En el silencio se oye la-
tir el corazón de Yolanda,
con tal violencia, que pa-
rece va á romper el corpi-
ño y á estallar de inquie-
tud.)

OTRA DONCELLA

(Que canta más lejos. Su
voz es suave como el arru-
llo de las tórtolas en celo.)

¡Caminante, caminante,
empuja al pasar mi puerta,

que un lecho de oro y de púrpura
tengo yo para que duermas!

(La garganta de Yolanda se hincha en sollozos. Su cabeza se desploma entre las manos. La madre deja escapar los cabellos, que sueltos ruedan sobre los hombros de la gimiente como un torrente de suavidades.)

GINEBRA

Hija mía, ¿qué te pasa?
¿Por qué lloras? ¿por qué tiembles?

(Acariciándola con suavidad, como si fuese una cosa muy frágil y pudiera romperla.)

YOLANDA

(Asomando su rostro descolorido y lacrimoso entre la maraña fragante de los cabellos revueltos.)

¡Madre mía, madre mía,
porque yo también quisiera

caminito de la fuente,
cantar con esas doncellas!

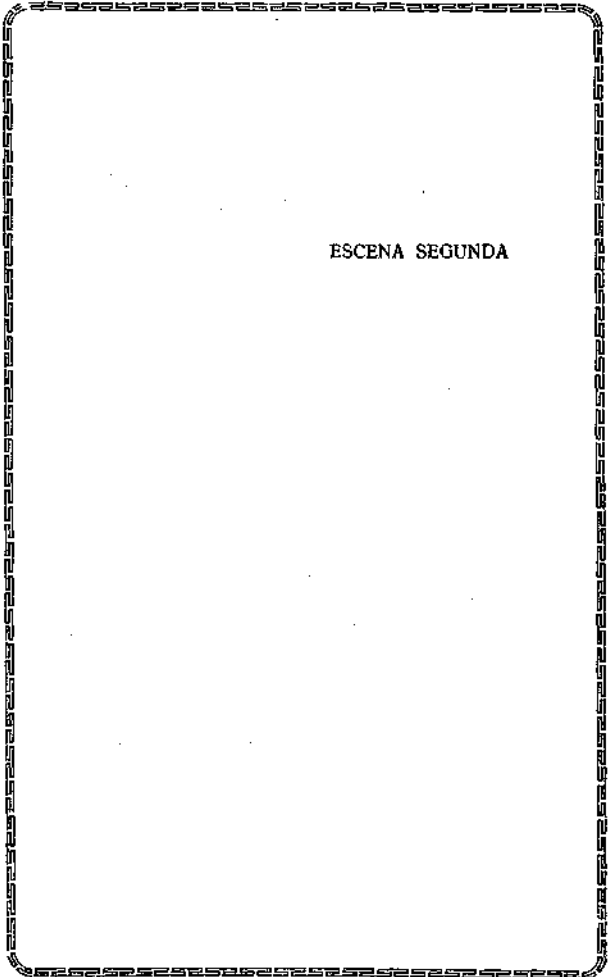
(Estallando en sollozos,
como un niño que pidiese
la luna.)

¡Correr, saltar por los prados,
y danzar sobre la hierba
bajo el ramaje florido,
al son de las panderetas!

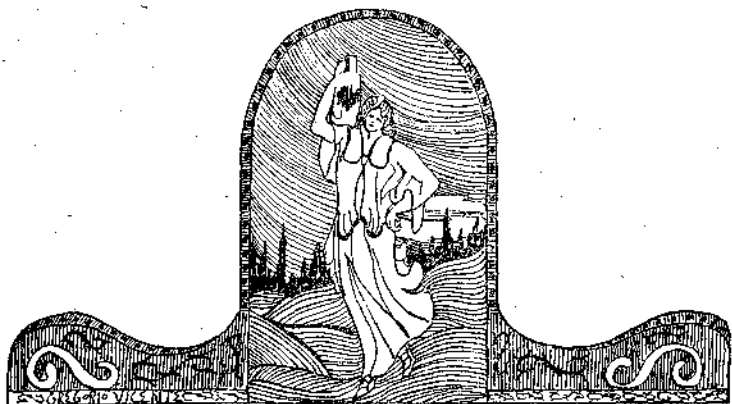
(Permanece un momento sollozando. En la serenidad de la tarde, bajo los guindos floridos del camino, aparece un coro de doncellas. Traen las trenzas y los senos cubiertos de rosas. Dejan sus cántaros apoyados en los setos, y forman con las manos unidas como una guirnalda en torno de una de ellas, la cual, con voz melodiosa, empieza á recitar. Las cabelleras destrenzadas, al girar flotan al viento en

una embriaguez frenética
de danzas paganas. La ho-
ra tiene un perfume car-
nal de rosas recién abier-
tas.)





ESCENA SEGUNDA



YOLANDA, GINEBRA Y DONCELLAS

UNA DONCELLA

(Con una voz fragante
y tibia, como si fuese el
aliento de la primavera.)

(La madre y la hija ab-
sorbien la canción como un
perfume, la una con la
tristeza resignada de un
recuerdo que se desempol-

va del olvido, y la otra
con la inquietud de un
presentimiento próximo á
cumplirse.)

De la clara fuente
del jardín del Rey,
que entre los rosales
se mira correr,
cantando volvía
al atardecer,
cuando en el camino
contemplé á un doncel
cabalgando sobre
fogoso corcel.
De plata su casco
de oro su arnés...
Un manto de púrpura
llevaba también.
—Doncella— me dijo—,
parando el corcel:
¡su voz era música
y sus labios miel!



—¿Quieres de tu cántaro
darme á beber?

—No es de oro... De barro
mi cántaro es...

Mas, ¿quién mira el cántaro
cuando tiene sed?

(Las doncellas giran en
torno de ella, cogidas de
la mano.)

Temblando de angustia,
de un rosal al pie,
con mis propias manos
le dí de beber...

(Su voz languidece y se
apaga de voluptuosidad
ante la evocación de aquel
encuentro.)

¡Traidor caballero,
desleal doncel,
que miré entre el polvo
desaparecer,

en vano llorando
tu vuelta esperé!
¡Tu sed en mi cántaro
de barro sacié!
¡Tú, en cambio, en mis labios
dejaste una sed
que en la vida nunca
ya apagar podré!

(La guirnalda se deshace y todas se van alejando lentamente por los caminos.)

VOCES

(Alejándose.)

¡Traidor caballero,
desleal doncel,
en vano llorando
tu vuelta esperé!

(La tarde empieza á palidecer. El aire trae perfu-

mes de cálices lejanos que
se cierran agostados por
la viva y gloriosa luz del
sol.)





ESCENA TERCERA



YOLANDA y GINEBRA

YOLANDA

(Sollozando, con la cabeza oculta entre las manos febriles de inquietud).

¡Madre, quién pudiera
bajo la enramada,
á los caminantes
que sedientos pasan,
ofrecer la trémula
frescura del agua!

GINEBRA

(Alzándole la frente y
besándosela, profunda-
mente conmovida.)

¡Mas ellos, en pago,
quizás te dejaran
esa sed eterna
que nunca se sacia!...
¡Porque así es la vida,
y siempre nos pagan
las monedas buenas
con monedas falsas!

YOLANDA

(Con la frente apoyada
en el seno materno.)

¡Madre, madre mía!
¿Por qué la desgracia
mi cuerpo á la tierra
como un árbol ata,
cuando el alma libre

su vuelo levanta
al azul del cielo,
que no en vano al alma,
igual que á las aves
la pintan con alas?
¿No habrá en esos montes,
mi madre, una planta
de esas que son bálsamos
que todo lo sanan?
¿Ni la primavera
me dará su savia,
como se la ha dado
á las secas ramas
que hoy llenas de flores
el aire embalsaman?
¡Jesús, madre mía,
¿ya no se disfraza
de viejo romero,
y en las noches llama
á las puertas donde
gime la desgracia,
y consuela al triste

y al enfermo salva
sólo con la sombra
de sus manos blancas?

(La madre y la hija se
estrechan en un abrazo
doloroso.)

¡Si hiciera un milagro
la Virgen!... Descalza
subiera á la ermita
que está en la montaña,
aunque los guijarros
me despedazaran!...

GINEBRA

(Serenamente.)

La vida es destierro
donde Dios nos manda
para que purguemos
en él nuestras faltas.

YOLANDA

(Tendiendo los brazos al
cielo, en un movimiento de
protesta.)

¿En qué te ha ofendido,
mi Señor, tu esclava,
si sus quince abriles,
quince rosas blancas,
sobre los altares
deshojó á tus plantas?

(Se vuelve ansiosa á la madre, que la contempla con tristeza, haciendo esfuerzos inauditos para ocultar sus lágrimas.)

¿No hay sabios que puedan
curar mi desgracia?...
¡Si hay alguno, búscale,
y traémele para
que me salve el cuerpo
ó me mate el alma!...

(Rompe á llorar.)

GINEBRA

(Tomándole las manos.)

¡Por ir á buscarlos,
todas las estradas

del mundo, de sangre
tiñeron mis plantas
¿No te vió el anciano
monje que curaba
hasta los leprosos
que aullando de rabia,
al sol, en sus cuevas,
se rascan sus llagas?
¿No vino á curarte
Godomar, la anciana
que tiene en el monte
renombre de santa,
la que á los que muerden
las víboras sana,
y ahuyenta á los lobos
con una palabra?
¡Por buscar remedios,
por calmar tus ansias,
pidiendo limosna
fuí de casa en casa,
como esas mendigas
viejas que apoyadas

en largos bordones
por las sendas pasan,
y á cuyos harapos
los mastines ladran!

YOLANDA

(Con acento desesperado.)

¡Madre, madre mía,
si no hay esperanza,
¿por qué, Dios clemente,
mi penas no acaba?
¡Estoy, madre mía,
en vida enterrada!...

GINEBRA

(Acariciándola suavemente.)

Dios pondrá el remedio,
pues puso la llaga.
¡Cálmate, hija mía,
y ten confianza,

que Dios siempre acude
si la fe lo llama!

(Se sienta á sus plantas,
y con voz suave y lenta
comienza á narrar. Algo
inefable y dulce, como una
onda de suave misticismo,
invade la estancia.)

Una pobre viuda sollozaba
sobre el humilde lecho
donde su única hija agonizaba
por una llaga devorado el pecho;
mientras fuera el relámpago lucía,
y el furioso bramido de los vientos
los débiles cimientos
de la mísera choza estremecía.
Así clamaba al cielo la viuda:
—¡Señor, no me la quites!... Sin la ayuda
de sus manos tan puras como blancas,
por sostener mi cruz lucharé en vano...
¡Mi báculo es, Señor!... Si me lo arrancas,
¿en dónde apoyo encontrará mi mano?
Se oyó un débil gemido... Luego, un duro



golpe de viento estremeció la puerta,
y á la luz del relámpago, en el muro
su rígido perfil trazó la muerta!...

¡Como á la evocación de algún conjuro,
sobre el umbral, inmóvil, de repente
bajo el negro turbión del aguacero,
apareció la sombra de un romero,
con un nimbo de luz sobre la frente!
Y al ver á la mujer que sollozaba,
—¿Qué tienes?—preguntó... Y su voz era
tan dulce y musical, que se dijera
que al aire de infinito perfumaba.
La pobre madre le explicó su angustia,
y el lecho le mostró donde yacía,
bañada en el sudor de la agonía,
la única flor de sus entrañas, mustia.
Más que muerta dormida parecía...

El romero avanzó serenamente.
Después, dobló la luminosa frente,
y le dijo á la anciana: —¡No está muerta!...
y á la yacente murmuró: —¡Despierta!...
Y entreabriendo las sábanas del lecho,

con sus divinas manos milagrosas
 ungió las rojas llagas de su pecho...
 ¡y la doncella despertó entre rosas!

(Pequeña pausa. Se vuelve á la hija que, estremecida ha escuchado el relato como si un presentimiento divino hinchase su pecho y agítase todos sus miembros ávidos del milagro.)

¡Era Él!... ¡El Señor!... Tu pena olvida...
 Sus plantas hacen florecer los yermos...
 ¿Quién devuelve los muertos á la vida,
 por qué no ha de curar á los enfermos?

YOLANDA

(En un arranque de esperanza.)

¡Si él viniese de nuevo!... ¡Si asomara
 su divina silueta á esos umbrales,
 y mi cuerpo sanara
 con sus llagadas manos celestiales!...

(Silencio corto. La sombra de algún viajero tiem-

bla á lo largo del camino,
 obscureciendo un instante,
 como al paso de una,
 nube, el umbral de la casa.
 Se oye un lejano y dulce
 clamoreo de campanas. El
 crepúsculo se torna más
 suave y una sombra de paz
 parece descender sobre la
 tierra, como si un ángel
 la cubriese suavemente
 con sus alas diáfnas de
 armiño. Yolanda levanta
 la cabeza y se santigua.)

La campana resuena...

Es la hora en que el Ángel tiende el vuelo,
 ¡que en sus manos, cual mística azucena,
 nuestra pura oración, ascienda al cielo!

(Contemplando el paisaje,
 con una sonrisa de beatitud.)

Todo el campo está orando. Los rosales
 son incensarios que la brisa olean;
 los árboles apenas cabecean,
 y el humo de los últimos casaes
 parece una oración que al cielo sube...

¡Todo reposa y ora
en la paz inefable de la hora
bajo las blancas alas del querube!

El pastor, olvidando su ganado
que hacia el redil retorna, la cabeza
descubre con fervor, y arrodillado
en la alta cima de los montes, reza...

(Tendiendo los brazos
al cielo, en una súplica fer-
vorosa.)

¡Oh, mi Señor! ¡Si de mi mal sanara,
en la cumbre más alta de aquel monte,
para darte las gracias me postrara,
hasta que el sol de nuevo clareara
en el cristal azul del horizonte!...

(A la madre.)

¡Recemos al Señor!

(Ginebra se arrodilla á
los pies de la hija y ésta
coloca las manos sobre la
cabeza materna. Pequeña
pausa de silencio.)

GINEBRA

(Orando con los brazos tendidos al cielo, en una imploración dolorosa. Su actitud, recuerda la angustia de todas las madres en la hora trágica del Calvario.)

¡Señor,
por la amargura y el dolor
que padeciste siendo hombre;
por tu Pasión, por la virtud
tres veces santa de tu nombre...
¡vuelve á mi hija la salud!

YOLANDA

(Orando también. En su rostro transfigurado por la violencia del ruego, y en la voz que parece que brota de lo más íntimo y profundo del alma, hay algo de revelación próxima á cumplirse, de augurio de felicidad cercana.)

¡Señor! ¡Señor, por los cordeles
que á la columna te amarraron;

por las escarpas que crueles
sobre el madero te clavarón;
por el silencio de la fosa
y por la paz del ataúd,
¡con tu alba mano milagrosa
vuelve á mi cuerpo la salud!

GINEBRA

¡Por aquel llanto de María,
cuando en la cruz te vió expirar...
Donde una lágrima caía
sobre la tierra se veía
un lirio cárdeno brotar!

YOLANDA

¡Para sanarme, Señor, ven!..
¡Obra el milagro!

GINEBRA

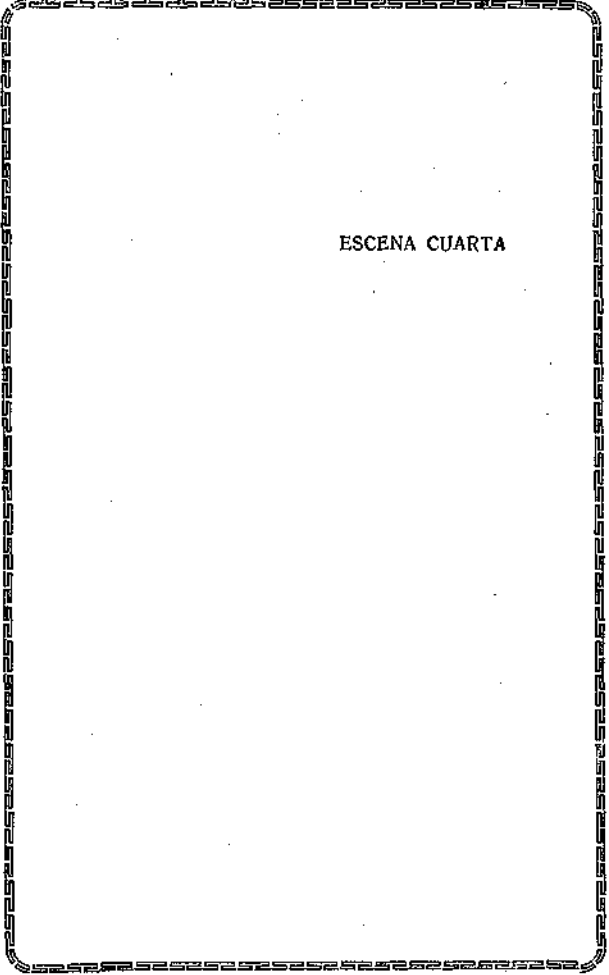
¡Amén!

YOLANDA

¡Amén!

(Ambas se persignan y dejan de rezar. Momentos de silencio, en los que sólo se oyen el palpar de sus corazones. Una ansiedad terrible estremece el cuerpo de Yolanda, como si fuera á desprenderse de alguna cadena invisible que le aprisionara á la inmovilidad de su asiento. Se oye el galope de un caballo que parece detenerse á la puerta de la casa.)





ESCENA CUARTA



DICHOS Y EL CAMINANTE

YOLANDA

(Escuchando ávidamente.
Toda el alma parece re-
concentrada en sus oídos.)

Madre, ¿no has oído?

GINEBRA

(Dirigiéndose hacia la
puerta.)

Veré lo que pasa...

Junto á nuestra puerta parose un corcel...

(Observando desde el umbral. Yolanda se estremece. Una inquietud profunda la agita hasta la raíz de los cabellos.)

Se apea un gallardo mancebo...

EL CAMINANTE

(Desde fuera. Su voz tiene la plena armonía de la juventud.)

¡Ah, de casa!...

GINEBRA

(Inclinándose para que pase, deslumbrada por la aparición juvenil, como si su propia juventud resucitase milagrosamente ante sus ojos.)

Entrad, caballero...

YOLANDA

(Profundamente agitada, con los ojos fijos en la puerta.)

(¡Oh, si fuera Él!...

(Mirando atentamente
al que entra.)

Su manto es de púrpura, de plata es su sayo!
¿Será El?...

(Palidece de emoción. Se
la siente agitarse en su
asiento. El Caminante pe-
netra y con él parece que
invaden la casa todas las
alegrías de la vida, y todos
los hechizos de la juven-
tud.)

EL CAMINANTE

(Desde el umbral que-
riéndolo devorar todo con
los ojos.)

Decidme, ¿me podríais dar
forrajes y agua para mi caballo
y para mí un lecho donde reposar?

(Penetra, pero se queda
cerca de la puerta. Yolan-
da le mira anhelante. Su
mirada es tan voraz que
parece que sus ojos van á
rasgarse.)

GINEBRA

(Fijándose en el vestido
del Caminante.)

Larga, caminante, la jornada ha sido.

EL CAMINANTE

(Con volubilidad.)

Pues la que me queda es mucho mayor...
¡Mirad, cómo el polvo me cubre el vestido
y ved mi caballo bañado en sudor!

(Señalando á la puerta.)

GINEBRA

¡Dejad que os despojen mis manos del manto!

(Se lo quita y lo coloca
en un escabel cerca de la
puerta, sacudiéndolo an-
tes. Se dirige después ha-
cia su hija, y la besa con
dulzura en los ojos, aca-
riciándole suavemente las
mejillas.)

¡Adiós, hija mía!



(Toma una hoz bajo el brazo y se dispone á partir, encaminándose hacia la puerta.)

Me voy á segar
heno en esos prados... Vos, señor, en tanto
reponed las fuerzas sentado al hogar.

EL CAMINANTE

(Avanzando resueltamente, con paso firme y felino.)

¡Buena mujer, gracias!

¡Repara en la parálitica;
la contempla con avidez,
y se vuelve á la anciana.)

¡Qué linda doncella!

(Sin poder contener su admiración, desbordante de entusiasmo.)

GINEBRA

Señor, es mi hija...

EL CAMINANTE

A Dios alabad,
 porque os dió su mano criatura tan bella.

YOLANDA

(Estática. Su rostro se transfigura, y su voz tiene cálidas suavidades de terciopelo.)

(¡Vierte miel y mirra su voz al hablar!)

EL CAMINANTE

(Reparando en la actitud de Yolanda.)

¿Por qué dolorida dobló la cabeza?

GINEBRA

(En voz baja, temerosa de que la oiga la hija).

¡Está enferma... De ella tened compasión!

EL CAMINANTE

(A la madre, deteniéndola un instante, en los umbrales.)

¿Enferma y tan joven?... ¡Será de belleza!..

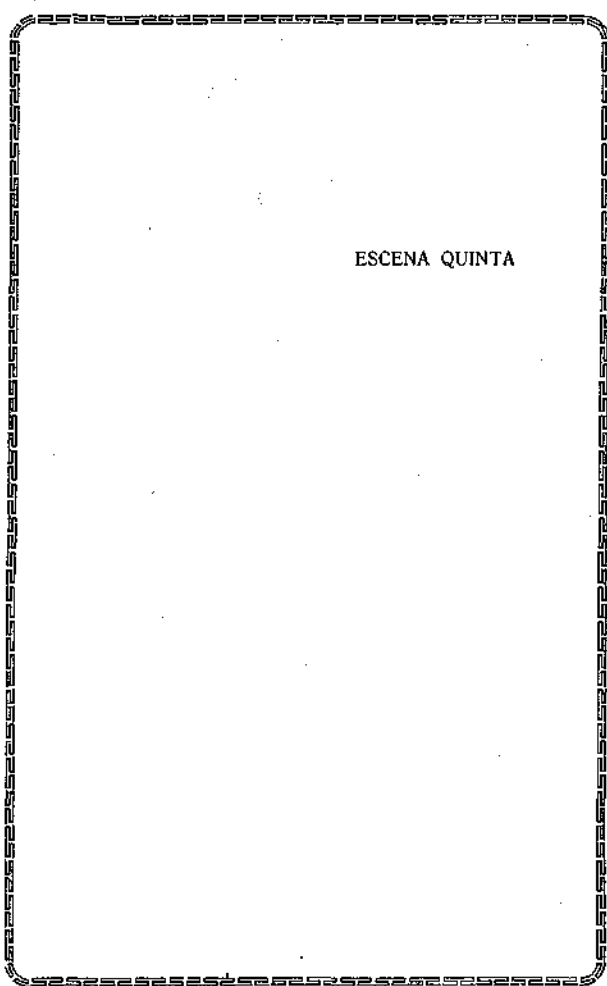
YOLANDA

(Rehuyendo las miradas
de El Caminante.)

(¡Siento sus miradas en mi corazón!)

(Ginebra sale por el arco
de la derecha, con la hoz
bajo el brazo. El cuerpo de
Yolanda tiembla bajo los
ojos de El Caminante: tal
una paloma bajo la fasci-
nación de una serpiente.
La tarde palidece en un
suave matiz de oro flúido.
Hay como un perfume nue-
vo en todas las cosas, co-
mo el perfume de un mi-
lagro que va á cumplirse.)





ESCENA QUINTA



YOLANDA, EL CAMINANTE y luego DONCELLAS

EL CAMINANTE

(Aproximándose, sin dejar de mirar, á Yolanda.)

¡Buenas tardes, niña!...

(Con la voz muy dulce.
Desgranando las palabras
como las perlas de un collar.)

YOLANDA

(Con la voz trémula y
los ojos bajos, subyugada
y estremecida. Parece que

va á deshacerse, al abrir
los labios.)

¡Señor, buenas tardes!

EL CAMINANTE

(Contemplándola, con
ternura.)

(¡Doncella tan bella no encontré jamás!)

YOLANDA

(Cerrando los ojos como
adormecida.)

(¡Deslumbran sus ojos mis ojos cobardes!)

EL CAMINANTE

(Acercándose, con gran
cariño.)

¿Por qué, flor de almendro, tan pálida estás?

(Ella inclina la cabeza,
sin atreverse á hablar.)

¿Qué pena en tus labios impuso su sello?

(Yolanda, llamea de rubor y oculta la cabeza entre las manos.)

¿Qué rosas deshoja en tu tez?

(Le separa dulcemente las manos y le hace levantar el rostro.)

¡Muestra tu semblante, que será más bello entre los rubores de tu timidez!

YOLANDA

(Tímidamente. Al esfuerzo de su voz tiembla todo su cuerpo)

Hace cinco años que mi suerte lloro,
pobre parálitica, sobre este sillón...

EL CAMINANTE

(Alegremente, animándola.)

Yo seré la alegre campana de oro
que anuncie á tu cuerpo la resurrección!

YOLANDA

(Alzando los ojos, con la voz palpitante de esperanza)

¿Sanaréis mis males?

EL CAMINANTE

(Con misterio, embriagándola con su aliento.)

Para darte la vida
con la Primavera he llegado aquí...
¡Tornarán las rosas... Tus penas olvida,
y clava tus ojos de gacela en mí!

(Arrullándola. Su voz evoca el nocturno del ruiseñor bajo un rayo de Luna.)

Esmeraldas como tu pupila zarca,
no vi en las coronas de ningún monarca,
ni magnolias como tus senos en flor
tiene en sus jardines el emperador.
A tu voz se callan, de envidia, las aves;
caracol marino donde sueña el mar...

¡Azucenas como tus manos suaves
no vieron mis ojos en ningún altar!...
Tus labios, fragante joyel de rubíes...
¡las rosas mas frescas que en mi senda hallé!..

(Ella se extenúa en un delirio de amor, con los ojos bajos y la faz pálida, como si fuese á desvanecerse.)

¿Por qué estas tan triste? ¿Por qué no sonríes?

YOLANDA

(Abriendo los ojos ingenuamente.)

Si te causa agrado, señor, sonreiré...

(Hace un esfuerzo, levanta la cabeza y sonrie dulcemente.)

EL CAMINANTE

¡Por otra sonrisa de tus labios diera
mi casco, mi espada, mi viejo laúd!...

¡Todos los jazmines de la Primavera
y todas las rosas de mi juventud!

(Insinuante. Su voz tiem-
bla de deseo.)

¡Abreme, doncella, tu senda florida!...
Sonríeme siempre...

YOLANDA

(Súbitamente, como si se
preguntase á sí misma.)

¿Quién eres, señor?

EL CAMINANTE

(Con toda la vehemencia
de su juventud frenética
de vida.)

¡Soy un caminante que cruza la vida,
mitad peregrino, mitad trovador!
Cuando la alegría del Abril florece
por las verdes sendas, surjo en mi corcel,
y mi canto errante la selva estremece
y deja en los labios dulzuras de miel...

Camino impaciente, porque llevo prisa,
porque tengo á muchos sitios que llegar...
Mis pasos detienen sólo una sonrisa,
y rosas mi mano deshoja al pasar...
Visto seda y oro, mas ciño armadura,
manejo la cítara igual que la espada...
¡Mi boca, doncella, con sus besos cura,
y matan mis ojos con una mirada...
No hay reja ni muro que ante mí no ceda;
á mi voz se abren todos los jardines,
y mis manos tejen la escala de seda
que asalta el misterio de los camarines.
El sueño es mi heraldo, la dicha mi esclava;
y guardo más joyas en mi corazón
que en sus dromedarios la reina de Saba
y en sus camarines el rey Salomón!...
Siempre tras mis pasos florece el recuerdo...
Toda mi fortuna la juego al azar...
Me encojo de hombros, con desdén, si pierdo;
¡si gano, de nuevo la vuelvo á jugar!...
Asciendo á las cumbres y atravieso llanos...
¡Todos los caminos para mí son buenos,

porque sé que en todos espera mis manos
para abrir su cáliz la flor de unos senos!...

(En voz más baja, aproximándose más á Yolanda)

¿En la silenciosa noche no has oído
lo mismo que un vago suspirar del viento
entre los ramajes del jardín florido,
bajo tus ventanas resonar mi acento?
Cruzar por tus sueños nunca me has mirado
galopando sobre fogoso corcel?
¿Jamás me llamaste?...¿Nunca me has besado?
¿No ciñó mi brazo tu cintura?

YOLANDA

(Temblando bajo el convencimiento del milagro.)

(¡Es él!)

EL CAMINANTE

(Insinuante. Su acento y sus miradas llamean de pasión.)

Una vez... ¿recuerdas?... Al ver en un nido
á dos golondrinas el pico juntar,



se abrió suspirante tu labio encendido,
como si sintieras ansias de besar...
Cerraste los ojos y palideciste...
Tu cuerpo era fuego y tus labios miel...
Que yo te besaba, entonces, creiste
¡y ahora aún te estremece su recuerdo!...

YOLANDA

(Estática de felicidad,
como soñando.)

(¡Es él!)

EL CAMINANTE

Otra vez, ¿recuerdas?... Fué esta tarde cuando
el cántaro al hombro, camino á la fuente
las bellas doncellas pasaban cantando,
doblaste llorosa tu pálida frente,
la suerte envidiando
de aquella zagaña que, junto al camino,
agua de su cántaro le ofreció al doncel...
Tú también soñaste con un peregrino
joven y gallardo como yo...

YOLANDA

(Como ebria de felicidad)

(¡Es él!)

EL CAMINANTE

Pues aquí ya tienes á aquel que esperabas,
á quien sonreías, por quien suspirabas
al mirar los nidos, al oír los cantares...
¡Viene con sus labios á sanar tu mal,
para que el naranjo dé sus azahares,
para que de rosas se cubra el rosall...

(Le toma violentamente
las manos, oprimiéndolas
entre las suyas, mientras
la contempla con vehe-
mencia.)

Así, con tus manos en mis manos presas,
dándome tus ojos su ardiente embriaguez...
¿Por qué no sonríes? ¿Por qué no me besas?..

(La besa con pasión de-
lirante.)

Tu beso es la gloria... ¡Bésame otra vez!...

(Ella le tiende los brazos
y le besa con frenesí.)

Yo haré que se acaben tus negros quebrantos.
Con mi boca, á besos, secaré tus llantos...
A tus inquietudes brindaré reposo;
te daré el aroma de mi juventud...
Y tu frágil cuerpo, bello y armonioso,
vibrará en mis manos igual que un laúd!
¡Bésame!

(Vuelve á besarle aún
con más ímpetu.)

YOLANDA

(Expirando de felicidad).

¡Me matas... tu boca es de miel!...
(Son sus mismos besos... Los mismos... Es él!

EL CAMINANTE

Deja que en los brazos con que me encadenas,
te beba hecha besos, mi labios voraz,
hasta que se queden exhaustas tus venas,
sin miel tus panales, sin rosas tu faz!...

YOLANDA

Bajo el inflamado soplo de tu aliento,
mi cuerpo y mi alma—¡toda yo!—me siento
como entre las lenguas de un incendio arder.

(Con delirio. Tendiéndole de nuevo los brazos.)

¡Bello caminante, si vienes sediento,
¡aquí esta mi fuente! .. ¡Sécala al beber!...
¡Sécalá, bien mío,
hasta que me dejes su cauce vacío,
hasta que no tenga ni una gota ya,
que al morir, la fuente te bendecirá!...

(Pequeña pausa. Permanecen un instante a brazos dados. Todas las hiedras del deseo parecen enroscarse á sus cuerpos, fundiéndoles en un mismo vértigo de amor.)

¿Verdad que tus besos sanarán mis males
como el aire tibio cura los rosales?
¿Verdad que algún día me verás risueña

por esas praderas tras de ti correr,
y en la vieja fuente donde el agua sueña
me darás tus labios al atardecer?

¿Verdad que tu mano por esos senderos
como un corderito me conducirá,
mientras suena el canto de los pasajeros
y el sol lentamente muriéndose va?

¿Verdad que en las noches de azul y de plata
canciones no oídas me dirá tu amor,
mientras llora el viento con la serenata
que á las rosas nuevas le da el ruiseñor?

(Suplicante, tomándole
las manos como si quisie-
ra convencerse de la reali-
dad de su dicha.)

¡Señor, con tus puras manos de azucenas
deshace estos lazos, rompe las cadenas
que á la tierra dura sujetan mi piel...
¡Sosténme en tus brazos! ..¡Quémame en tus llamas!
¡Señor, con tus labios de miel, bésame!...

(Él vuelve á besarla. De
pronto ella se vuelve an-
helante)

Mas ¿dime quién eres?... Dí, ¿cómo te llamas?

EL CAMINANTE

(Sonriente, con volubilidad de agua que corre, de nube que pasa, de pájaro que salta de rama en rama, de todas las cosas inconscientes, ligeras y bellas de la Naturaleza.)

¡Pregunta mi nombre á los ruiseñores,
 á los blancos cisnes, á las margaritas,
 á todas las cosas que mueren de amores!...
 Lo saben los astros, la luna y las flores
 que alumbran y aroman las nocturnas citas.
 ¿Mi nombre? ¿Mi nombre?... No tengo ninguno
 y los tengo todos, porque á todos uno
 y fundo en un lazo...
 Con todos un mismo sentimiento espreso...
 Ciño tu cintura.. y me llamo abrazo;
 y beso tu boca... y me llamo besol...

UNA VOZ DE DONCELLA

(Cantando á lo lejos. Su sombra pasa como un relámpago de obscuridad por la estancia.)

Si tienes sed, caminante,
al pie del rosal te espero,
para que beban tus labios
en mi cantarico nuevo!

(El caminante, al oirla, se desprende de los brazos de Yolanda, como atraído por un nuevo encanto irresistible.)

EL CAMINANTE

(Disponiéndose á partir, alegremente, como después de una siesta, á la sombra de un árbol del camino.)

Me marchó... Me esperan...

YOLANDA

(Haciendo un esfuerzo inaudito para detenerle.)

Detente un instante.

¡Si aún la sed te dura,
si aún quema tus labios, bello caminante,
para que me bebas, yo seré agua pura!

EL CAMINANTE

Me voy como vine: impensadamente...
Me aguarda otra fuente...
Después otra y otras... Camino deprisa...
¡Ya aspiré tu aroma, rosa del camino!...
¡Tu dulce sonrisa,
fuentecita clara, bebió el peregrino!...
Mi destino es ese: siempre caminar.
En la paz fragante de otras nuevas sendas
volveré á cantar
mi amor de romero, mi amor de leyendas,
del que soy el héroe y al par el jugador!...

UNA VOZ DE DONCELLA

(Cantando más lejos.)

¡Caminante, caminante,
no tardes, porque si tardas,

mi cantarico de oro
estará lleno de lágrimas!...

EL CAMINANTE

(Besando á Yolanda rápidamente.)

¡Adiós!... Se impacientan... Otro beso...

(Se inclina y vuelve á besarla. Yolanda hace un esfuerzo terrible para levantarse.)

¡Adios!

(Se aleja á recoger su manto.)

YOLANDA

(Crujiendo toda en el esfuerzo de su imploración, con los brazos tendidos hacia El Caminante.)

¡Nadie separarnos puede ya á los dos!...

¡No huyas, caminante!...

Aún me quedan besos...

EL CAMINANTE

(Sin dejar de sonreír.)

Tu labio está frío...

Adios... Tengo prisa...

YOLANDA

(Con desesperación.)

¡Espera un instantel...

(El milagro florece en su cuerpo. Yolanda rompe sus cadenas invisibles y se alza triunfalmente corriendo hacia el caminante.)

¡Milagro! ¡Milagro!...

(Con júbilo infinito, como ébria de la más intensa felicidad.)

¡Al fin, ya eres mío!...

(Le sujeta por el manto.)

EL CAMINANTE

(Rechazándola suavemente y dejando en sus manos el manto de púrpura.)

¡No puedo!... Me esperan... ¡Te dejo mi manto para que en sus sedas enjugues tu llanto!...

(Sale precipitadamente
por la puerta.)

YOLANDA

(Llegando en un esfuer-
zo supremo hasta el um-
bral)

¡Detente, por Dios!

(Gritando.)

Escucha... No huyas...

(Se oye el arrancar del
caballo.)

Tente ..

(Parece que va á desva-
necerse y se apoya en el
umbral.)

EL CAMINANTE

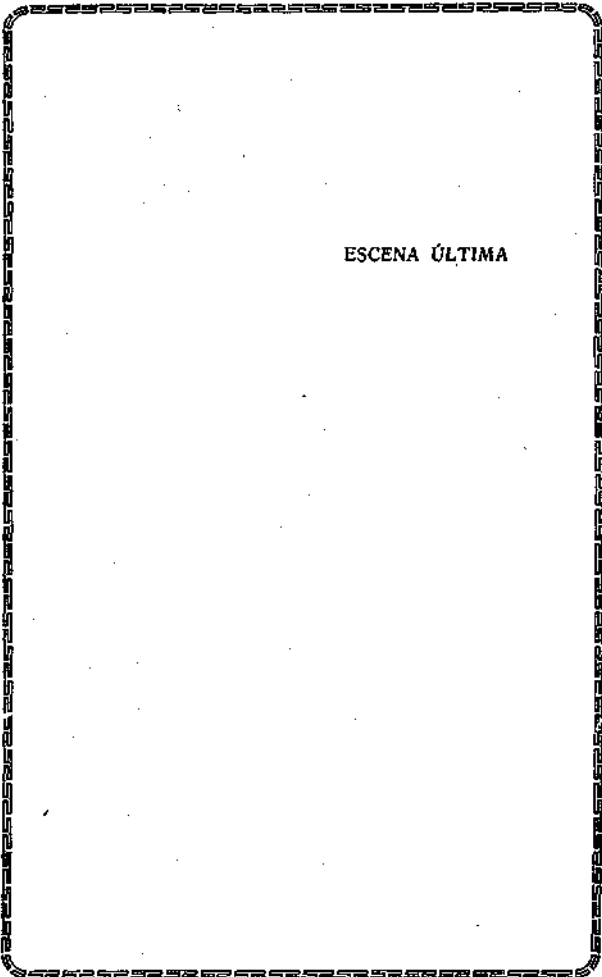
(A lo lejos.)

¡Adiós!... ¡Adiós!

(La voz del Caminante
y el galopar del caballo se
pierden en la distancia. En

el umbral continúa Yolanda sollozando. El crepúsculo invade de una tristeza suave y fría el paisaje. Por el arco aparece la madre con un haz de hierba y la hoz bajo el brazo. Se queda atónita al ver á su hija, y dando un grito corre á abrazarla.)





ESCENA ÚLTIMA



YOLANDA, GINEBRA Y DONCELLA

GINEBRA

¡Milagro, Dios mío!

(Tendiendo los brazos al
cielo. Sus ojos se llenan
de lágrimas.)

YOLANDA

(Con voz desgarradora,
en la que se va su última
esperanza.)

¡Se marchó el doncel!

(Continúa llorando desesperadamente, con la cabeza inclinada en el seno materno. Su llanto es como una lluvia de consuelo sobre un jardín agostado.)

GINEBRA

(Con misterio, sin atreverse á pronunciar apenas las palabras, como temerosa de romper el encanto inefable del momento.)

¡Era él, mi hijal...

YOLANDA

¡Sí, madre!... ¡Era él!...

(Quedan abrazadas en el umbral, envueltas en las sombras del crepúsculo, como en un sudario, mientras se oye la voz triste y lejana de una doncella que pasa cantando, con el cántaro al hombro, de regreso de la fuente)



LA VOZ DE LA DONCELLA

De la fuente del amor
yo no sé qué tiene el agua,
que si le da vida al cuerpo
en cambio nos mata el alma...



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA XX DE OCTUBRE DEL AÑO MCMXIII
EN LA IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA,
NÚMERO 3,
MADRID

103/1079

B. Dip. Almería

AL-821-VIL-era



1001278

C-3510-6.000

Librería de los Sucesores de Hernando

Arenal, 11, Madrid

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESÍA

Intimidades. — *Flores de almendro.* — *Luchas.* — *Confidencias.* — *La copa del rey de Thule.* — *El alto de los bohemios.* — *Rapsodias.* — *Las canciones del camino.* — *Tristitia rerum.* — *Carmen.* — *El patio de los Arroyanos.* — *Viaje sentimental.* — *El mirador de Lindaraxa.* — *El libro de Job.* — *El jardín de las Quimeras.* — *Las horas que pasan.* — *Saudades.* — *In memoriam.* — *Bajo la lluvia.* — *Torre de marfil.* — *Andalucía.* — *Los remansos del crepúsculo.* — *El espejo encantado.* — *Los panales de oro.* — *El balcón de Verona.* — *Palabras antiguas.* — *Jardines de plata.* — *Collares rotos.* — *El libro de los sonetos.* — *El velo de Isis.* — *Lámparas votivas.*

EN PRENSA

Las palmeras del oasis. — *La cisterna.* — *La musa gitana.* — *La casa del pecado.* — *Ajimeces de ensueño.*

PROSA

El milagro de las rosas. — *El último Abderramán.* — *La venganza de Aischa.* — *Zarza florida.* — *Breviario de Amor.* — *Las joyas de Margarita.* — *Vida y Arte: I. Julio Herrera Reisig.* — *Las granadas de rubíes.* — *Fiesta de poesía.* — *Las garras de la pantera.*

TEATRO

El Alcázar de las Perlas. (Tragedia árabe en cuatro actos y en verso.)
Doña María de Padilla. (Drama histórico en tres actos y en verso.)
El Rey Galaor. (Tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro.)
Judith. (Tragedia bíblica en tres actos y en verso.)
Era él. (Poema en un acto y en verso.)
Ensueño de una noche de invierno. (Poema lírico en tres cantos y en verso. Música de Ramón María Montilla.)
Abén Humeya. (Tragedia morisca en cuatro actos y en verso.)
El Halconero. (Poema trágico en tres actos y en verso.)
El idolo roto. (Comedia en un acto y en prosa.)
Un nocturno de Chopin. (Comedia romántica en un acto y en prosa.)
Pascua de Resurrección. (Comedia en un acto y en prosa.)
La Leona de Castilla. (Tragedia castellana en cuatro actos y en verso.)
El Pirata. (Poema dramático en tres actos y en verso.)
La Maja de Goya. (Episodio dramático en cuatro actos y en verso.)
La Centienta. (Poema en un acto y en verso.)

TRADUCCIONES

Hernani. (De Victor Hugo.)
La Gioconda. (De Gabriel d'Annunzio.)
La cena de los Cardenales. (De Julio Dantas.)
Rosas de todo el año. (Del mismo.)
Don Beltrán de Figueroa. (Del mismo.)

Dolor supremo. (De Marcelino Miquita.)
Almas enfermas. (Del mismo.)
La hostelera. (De Goldoni.)
Bettina. (De Alfredo de Musset.)
Noche veneciana. (Del mismo.)
Al vado o al puente. (Del mismo.)
Lorenzaccio. (Del mismo.)